

*Truena de polo a polo y los relámpagos relumbran sin cesar. Todo les tensa el alma
con el apremio de inminente muerte.*

Eneida I 89-90

Creo que en situaciones límite reaccionamos con lo que somos. Lo comenté con mi compañero:

— Digamos que te apunto con una pistola a la cabeza. Sabes que voy a dispararte. Tienes poco tiempo. Tu reacción podría ser ponerte a llorar, quedarte paralizado, intentar quitarme la pistola...

— Entonces coincidimos en que estamos bien hechos cuando reaccionamos adecuadamente en esas situaciones.

Mi compañero me respondió de una manera rápida y temblorosa, quería dejar de hablar sobre el asunto. Tal vez notara algo. Estuvimos unos minutos en silencio. Nos encontrábamos en una sala alargada y rectangular, con unos ventanales abiertos en uno de los extremos que daban a una playa llena de niebla.

Al otro lado de la habitación había un ascensor y unas escaleras. En medio de esos dos extremos estábamos nosotros dos en un sofá, con botellas de alcohol y cigarrillos. Parecía algo obvio que el alma se tensaba en situaciones límite. La reacción en el límite no siempre era la más productiva. Pero, ¿por qué me interesaba esto?

Por el hecho de que vivimos una mentira. Era un tema que me provocaba un placer morboso. Existen demasiadas fuerzas invisibles en nuestra mente. No somos quienes creemos que somos.

— Cuando el individuo se enfrenta a su aniquilación se muestra su verdadero ser. Es ahí donde realmente se ve quién es alguien.

Mi compañero me escuchó con atención, pero no respondió. En su silencio había una ligera incomodidad. En ese momento se escuchó un trueno cercano, rompió a llover. Yo seguía la conversación en mi mente, intentando llegar a alguna conclusión ajena a mi propio pensamiento.

Los truenos y relámpagos sucedían uno tras otro durante la noche. Mi compañero y yo intercambiamos algunas ideas más, pero la cosa se quedó en el mismo punto. A veces creía que pensando podíamos realmente cambiar nuestra situación, dar un salto cualitativo. Pero la fuerza del hábito y nuestros propios límites se imponen con una fuerza sorda día tras día.

Un pensamiento mórbido recorrió mi conciencia de lado a lado. Pensé en intentar asesinar a mi compañero, para así ver cómo su alma se tensaba. Quería saber si era un cobarde, si era un deshecho, un muñeco apenas construido que solo se sostenía porque su vida había sido fácil.

Si solo se quedaba en un intento podría intimidarle de por vida, y si se consumaba realmente podría averiguar de lo que estábamos hablando.

Su pose y maneras de encarar a los demás siempre me parecieron poco fundadas. Mi compañero era claramente una persona típica de este caso. En situaciones realmente límite: ante la muerte, la ruina, la pérdida de la influencia, se haría aguas, se convertiría en una rata mugrienta y asquerosa.

Quería averiguar hasta qué punto se tensaba su alma degenerada.

¿Qué había detrás de esa fachada? Estaba dispuesto a perder una relación para siempre, cargar con una culpa monstruosa, o terminar en la cárcel.

Cualquiera de ellas me valía.

K. tenía episodios de enajenación donde le invadía una profunda ira. El trance comenzaba recordando a alguien que le había hecho daño, y su mente encadenaba una ofensa con otra. Así permanecía durante todo el día. Esa aflicción y rencor tan profundos no le abandonaban. Se había atrincherado en su propia herida y no podía salir de ese bucle emocional. Había algo de morboso en la recreación de ese dolor. Nuevas personas no paraban de herirle, lo que le sumía en el aislamiento.

Esta forma de sentirse herido era tan esencial a su carácter que muchas veces pensó en convertirse en una mala persona. Ante cualquier ofensa y humillación percibida quería responder con una intensidad cien veces mayor. De esa manera, él creía, podría por fin dejar de sentirse herido ya que los demás tendrían miedo de recibir daño de vuelta. Pero esto no era así de fácil. El mundo tiene leyes y normas, y no podemos ir haciendo un daño explícito sin recibir castigo. Eso le refrenaba y le mantenía en su misma situación.

Esta sensibilidad no lograba transformarla en algo positivo. Se sentía ofendido, humillado y herido continuamente. Sabía que el problema estaba en él. Probar nuevas relaciones no solucionaría el problema porque el problema no estaba fuera sino dentro. Podía decidir renunciar al mundo y ser alguien para siempre solitario, intentar solucionar el problema, o dar rienda suelta a su dolor y devolver el daño que recibía del mundo.

Parecían muy elevadas las dos primeras opciones: renuncia o sanación. Pero K. había llegado al umbral del desengaño. Ya no podía mentirse más a sí mismo, ni siquiera con un sueño reparador. Así que llegó el día que iba a comenzar su caza de brujas. Pensó en la persona que sería más fácil vengarse, y apuntó toda su información. Se trataba de un amigo con el que K. se había sentido traicionado. Decidió que haría algo lo suficientemente hiriente para convulsionar su conciencia y ver qué pasaba luego.

Pensó en un cuchillo, en un martillo, en ácido sulfúrico, en un soplete. Pero le invadía el miedo, no quería perder su pequeña vida, que por muchos defectos que tuviera tenía algunas ventajas. No era una repugnancia moral, sino el miedo al castigo, a la pérdida, lo que le estaba ahora ordenando que dejara la venganza. Esta fase ya había sucedido anteriormente, ahora era cuando se acordaba y prefería seguir sintiendo rencor el resto de su vida. Ese dolor permanente era también un fuerte opositor a destruir las pocas cosas buenas que tenía en su vida.

K. llegó a la conclusión de que era un cobarde. No se sentía capaz de realizar una acción de daño severo con un arma blanca, ni tampoco cometer un delito grave. Es más, una reacción desproporcionaba no hacía sino manifestar aún más su debilidad. Pensó en ese momento en escupir a ese antiguo amigo, en intentar gritarle al oído. Fue allí cuando se sintió profundamente impotente. No era capaz de hacer el daño suficiente porque era demasiado fuerte la necesidad de ser querido. Además, tenía miedo a las represalias y al castigo. El mundo es esencialmente injusto para aquellos que no soportar bien el dolor. Los resentidos son los grandes perdedores del mundo.

¿Qué podía hacer para dejar de sentir este dolor? Lo más drástico era el suicidio, pero a costa del resto de aspectos de su vida. Llegó a una determinación: tenía que probarlo, al menos a baja escala, tenía que probar el sabor de la venganza. Cogió el número de teléfono de ese amigo y le llamó. Quiso insultarle, al principio no le salía la voz, le temblaba, no se atrevía a faltarle. Su condicionamiento de esclavo, pensó.

Cogió valor y comenzó a insultarle, su antiguo amigo colgó a los pocos segundos. K. no dejó que la culpa le hundiera. Decidió escribirle lo más hiriente y posible. No recibió respuesta, pero tampoco recibió un bloqueo. Sin pensar en las consecuencias decidió ir hasta su casa y coger alguna piedra para romperle la ventana. El sentimiento de impotencia no desaparecía.

Vivid dichosos. Vosotros habéis cumplido ya vuestro destino, nosotros somos solicitados todavía de unos hados en otros.

Eneida III 493-494

Carl creía que llegaría un momento donde ya no iba a desear nada más. No necesitaría crecer, progresar, ni superarse a sí mismo. Solo existiría una profunda paz interior más allá de todo entendimiento. No habría necesidad alguna de conseguir algo, ni siquiera de preservarlo, pues habría obtenido lo más importante solo de sí mismo. Pero esa creencia era bastante endeble. Solo era capaz de creer así cuando las cosas eran propicias.

En momentos de extrema dificultad Carl sabía que a lo único que podía agarrarse era al miedo. Cada vez que pasaba algo terrible tenía que vérselas con sus fantasmas y traumas. Las heridas hacían cada vez más peso. No era capaz de restituir tanto sufrimiento. Cada golpe de la vida le hacía más desgraciado.

Él no conocía a ninguna persona feliz. Tal vez hubiera un fuerte filtro donde los dichosos jamás querrían juntarse con él. Su sufrimiento no cobraba ninguna trascendencia. Él frecuentaba estados miserables sucesivos, donde no veía ninguna esperanza de ser feliz. Le habían pisoteado tantas veces que sus pensamientos puros y elevados eran más sarcasmo que consuelo.

¿Tal vez Carl tenía un destino que cumplir? Si era así, no lo había encontrado. Alcanzar nuestro destino es como hacer las paces con la existencia. Pero, ¿podría optar Carl a algo semejante? Tal vez todo sufrimiento mereciera la pena si uno alcanzara primero su destino. No sabía qué hacer, ni cómo empezar a buscarlo, porque su carácter repelía a la gente. Y cuando no repelía inspiraba crueldad, instinto de dominación y odio.

Carl no podía engañar a nadie. Su caso estaba resuelto desde hace tiempo. Era un ser mediocre, condenado a una vida patética y llena de humillaciones. Jamás podría alcanzar un estado espiritual elevado, y menos obtener el respeto y amor de la gente valiosa. Sabía que tarde o temprano tendría que rendirse, bajar los brazos y hacer como si fuera feliz. Pero en su fuero interno sabía que su vida era una mierda.

No había ninguna esperanza, como hemos dicho, de que Carl pudiera ser feliz o alcanzar la paz del espíritu. Sus propias limitaciones y herencia le impedían elevarse por encima de sí mismo. Siempre caía en estados de profunda tristeza y envidia, de depresión suicida. No albergaba en su interior demasiado amor, algo que pudiera hacerle salir de sí mismo y alegrarse de la dicha de otros. Su destino era simplemente existir como un dato secundario, como basura reciclable.

Entonces Carl decidió que haría algo diferente con su vida. Algo que le permitiera sentirse vivo sin acabar consigo mismo ni terminar en la cárcel. Decidió dedicar su tiempo al activismo político. Sería capaz de negar todo de sí mismo con la única voluntad de ayudar a los demás como voluntario. Sabía que iba a sufrir muchísimo, porque él era un miserable egoísta, pero creía que con el tiempo podría reeducarse y conseguir ser buena persona.

Ese momento sería el fin de su vida anterior y posterior, ya que no habría ninguna grandeza reservada para él. Era demasiado limitado y débil como para crear poder suficiente, para disfrutar de un proyecto grande que le pudiera redimir y dotar de trascendencia. Tampoco podría optar a tener una pareja sentimental, pues su forma de ser era repulsiva para cualquiera con valor.

Carl decidió intentar ser bueno en el fondo de la desesperación. Ser útil para alguien. Mientras ejercía el voluntariado tenía unas profundas ganas de suicidarse y los recuerdos del pasado le provocaban mucho dolor. Debido a ello decidió apuntarse a psicoterapia y tomar pastillas durante muchos años.

Perseveró y mantuvo la esperanza de que con el tiempo podría por fin liberarse de sí mismo.

La muerte puede entenderse como el final radical o como un paso a otro estado de ser. Spencer creía que la muerte era el fin de su vida y que después no había nada. Nadie podría volver a visitarle una vez muerto. Él habría terminado con su existencia para siempre. Spencer estaba convencido de que la muerte acontece en un espacio y tiempo, pero en la muerte lo que queda es el cadáver ahí. Ningún alma o sustancia ha salido y se ha ido a otro lugar o tiempo.

Spencer se dedicaba al trabajo con ordenadores. Estaba en una empresa administrando los sistemas y redes, dando soporte ofimático a los distintos empleados. Su trabajo le resultaba muy desagradable. Aunque había intentado dedicarle más tiempo para así ganar en motivación, se daba cuenta de que le miraban siempre por encima del hombro. Fue después de 6 meses donde vio que todos le veían como a un ser inferior que empezó a plantearse estos temas de la muerte.

Es verdad que la muerte nos iguala a todos, se decía Spencer, pero también es verdad que durante la vida aquellos que tienen poder y recursos viven mejor. Los seres inferiores nos tenemos que contentar con las migajas mientras que los capaces, afortunados y atractivos se llevan la mejor parte del pastel. Ellos también morirán, pero su vida habrá sido mucho más significativa y placentera que la mía.

Entonces, para Spencer estaba claro que la muerte nos igualaba de alguna manera a todos. Sin embargo, había algunos que deseaban más a menudo la muerte que otros. Los que estaban a gusto con su vida deseaban mucho menos morir que aquellos con menos suerte. Eso le hacía pensar que la muerte no era exactamente igual. Para algunos era una bendición, mientras que para otros era una simple necesidad de la vida. Los seres destruidos por la sociedad son bendecidos con la muerte.

Desde la perspectiva de un muerto, si esto tiene algún sentido, Spencer creía que nada de la vida tenía el menor sentido. Desde esa nada que era la muerte, la vida era un simple momento sin sentido que tarde o temprano acabaría. ¿Tenía sentido administrar redes y sistemas informáticos? Al menos permitía a Spencer tener algo de dinero para pagar sus pequeños vicios como el alcohol y los videojuegos. Su vida era muy simple e inesencial, pero su pensamiento poderoso había sido el de la muerte, el único en toda su vida.

Ese pensamiento, que en esencia era poderoso, le confortaba en momentos en los que se sentía una escoria. Obviamente había pensado en el suicidio como liberación, pero no se lo estaba planteando demasiado en serio. Spencer creía que lo que realmente quería era brillar, ser alguien, disfrutar a fondo de la vida. Su conciencia era inconformista y eso le estaba haciendo sufrir más de la cuenta. ¿Quién era él, al fin y al cabo, para reclamar nada? Tenía una inteligencia del todo mediocre y podría decirse que formaba parte del decorado.

Spencer sabía que estos pensamientos tenían que terminar. Vivía en la mejor época para engañarse a sí mismo, para considerar que él era un ser totalmente digno de ser amado, que tenía que aceptarse tal cual era y vivir en amor incondicional consigo mismo. Esa fábula era ahora la mejor medicina que tenían la mayoría de los parásitos y fracasados de la sociedad. Decidió que sería una buena fantasía, un buen engaño.

De ese modo, Spencer comenzó a leer libros de autoayuda, donde le decían que tenía que aceptarse a sí mismo y así poder disfrutar de la vida. También veía muchos vídeos donde decían que había que aprovechar el momento, *carpe diem*. Intentó quedar con gente de ese mismo estilo de filosofía, pero le rechazaban siempre. Fue ahí cuando vio que tenía también que aceptar que la gente no le quería porque daba asco y grima. En última instancia, Spencer comprendió que estaba solo en la vida y que él tendría que fabricar su propia felicidad.

B. nació estrellada. Parece que la cuna determina nuestra felicidad, o eso dijo un pensador. B. era extremadamente fea, su inteligencia rozaba el límite del retraso mental y era obesa desde niña. No tenía ninguna cualidad destacable, tan solo que era desconfiada. Su desconfianza, aprendida de la miserable de su madre, era una desconfianza bizca y babosa, mostrando el resquemor con las palas separadas de los dientes llenos sarro. Era su sistema de defensa para que no la manipularan.

La vida de B. era muy simple. Consistía en estar en casa viendo fotos en redes sociales, luego ir a una hamburguesería y comer un menú doble, y finalmente volver a casa y sacar a su perro. No tenía ningún trabajo y era su abuela la que cuidaba de ella. En sus paseos por la calle a veces intentaban hablar con B., pero ella abría la boca enseñando las palas sarrosas y achinaba sus ojos, como si fuera un roedor intentando intimidar. Eso era suficiente para ahuyentar a la mayoría.

Pero hubo un día que alguien no se sintió intimidado por esa cara de rata. Un hombre de mediana edad, con traje y pelo canoso, sonrió con amabilidad ante esa cara intimidatoria de B., ella insistió en su avance, mostrando con mayor apertura sus dientes y cara de desagrado de ser molestada mientras iba a la hamburguesería.

— Disculpe señorita, ¿podemos hablar un momento?

— ¡Ugh... Ugh...!

— Creo que hace esto a todo el mundo para que no la molesten, pero yo tengo algo que ofrecerle.

— ¿Ugh...?

— Sí... Verá, se trata de una nueva hamburguesería que estamos abriendo. Nos gustaría que usted fuese una de las primeras personas en probar la carta.

A B. se le hizo la boca agua, achinó mucho los ojos, frunció el ceño, y dejó sus labios reseco como en flor, mostrando así las palas sarrosas tanto de arriba como de abajo. Soltaba un gemido tenso, como si estuviera apretando algún esfínter, mientras fijaba su mirada a su izquierda, pero sin ningún punto definido, con los ojos saltones.

— ...U... ¡Uuuuuuuuuuuuuugh!

—Sabía que le gustaría nuestra oferta, señorita. ¿Cuándo podría acercarse a realizar la degustación de nuestras deliciosas hamburguesas?

B. parecía no entender, tan solo hizo un gesto de masticación y tragado de saliva con la boca, y miraba con recelo a aquel hombre. En ese momento el hombre se puso tenso, intentaba ocultar con su mirada el profundo desprecio que sentía. Ese amasijo de carne y grasa tan solo era una venta posible más, un *lead*, pero no quería perder más tiempo con semejante infección humana.

El hombre veía que B. era tan retrasada que ni siquiera podría acordar una cita con ella. Tampoco quería mezclarse con ninguna clase de tutor de B., que en este caso era su abuela. Cuando miró la zona de la boca de B. estuvo a punto de vomitar. No sabía cómo semejante despojo continuaba aún con vida.

Pensó que sería un acto de piedad asistirle en el suicidio, pero tal vez ella no sufría. Su único temor era reflejado en esa cara achinada y animalesca que ponía con desconocidos. Eso no significaba que tuviera una vida infeliz.

En ese momento, B. recibió un disparo de un motorista que cruzaba a toda velocidad. Se quedó tendida en el suelo, bizca, y un charco de sangre roja rodeaba su nuca. El vendedor lloró.

Pero no cedas; planta cara a los riesgos; avanza con más ímpetu por donde te permite la fortuna.

Eneida VI 95-96

No estaba del todo claro si Fred era valiente o cobarde. Su prometida le engañó con su mejor amigo y luego falleció en un accidente de coche. Desde entonces había dejado el trabajo y cortado de forma violenta la relación con sus amistades. Se entregó a las drogas recreativas y las prostitutas. Su alma buscaba algo más que la aniquilación, quería redimirse de sí mismo.

Se encontró en su propia herida y decidió dejarse llevar por el timón de su alma, atormentada. Más pronto que tarde sucumbiré, se decía. El abatimiento podría significar la cárcel, el ostracismo, la locura o la miseria. La vida golpea a veces de formas tan crueles que un alma se pierde para siempre yendo a la deriva hasta su final, parecía el caso de Fred.

A Fred le atormentaba una culpa ancestral de la cual no podía librarse. No obstante, se aferraba a sí mismo, deseaba seguir siendo alguien, alcanzar la grandeza. Lo que no se atrevía a admitir es que él nunca fue grande. Él reconocía que cada persona es singular, pero casi todas acaban en el mismo sitio antes de morir, en la vida frustrada y resentida.

La fe en sí mismo era una fe vacía, una simple creencia sin ninguna sujeción con la realidad. Era lo que le habían enseñado, que él era especial e importante, pero luego la realidad le decía siempre lo contrario. No parecía que hubiese vuelta atrás. Las decisiones que había tomado desde la muerte de su prometida le marcarían de por vida. No tenía el criterio ni la filosofía suficientes para hacer de ello sabiduría, sino solo sufrimiento, dolor y culpa.

No podía huir de sí mismo. Daba igual lo que hiciera, no importaba si decidía volverse de repente un santo. El sufrimiento interno sería tan atroz que volvería a su estado de miseria espiritual. Había recibido alguna enseñanza de los clásicos, algo así como *resiste*, pero eso era una simple palabra. ¿Para qué resistir? ¿A quién le importaba? Sus padres apenas podían sostenerse ellos solos, no podían ayudarle. Verle en ese estado solo les enfermaría aún más. Pero no era por amor a su familia que no se agarraba a ellos, sino porque en el fondo les odiaba por haberle traído al mundo.

Todos estos tecnicismos eran apenas visibles para Fred. Lo único que él veía era dolor y agresión. No podía confiar en nadie, ni siquiera en sí mismo. A veces tenía arrebatos de santidad y luminiscencia, donde buscaba ser bueno consigo mismo, cuidarse, e intentar amar. Pero eso no duraba demasiado, como si tuviese inscrita en su sangre la aflicción. Sabía que los que le humillaban no por ello irían al infierno. Ellos tenían vidas satisfechas mientras que él no.

¿Cuáles eran las opciones de Fred? ¿Cómo podía alcanzar la satisfacción consigo mismo? Tal vez ese era su problema, el hecho de no aceptar que toda alma está en pie de guerra consigo misma. En toda guerra hay momentos de violencia y de calma. La trascendencia se alcanza siendo testigo de esta dinámica, procurándose el bien y manteniendo a raya el mal. Fred sabía que no eran solo palabras, fruto de una antigua filosofía, sino que contenían parte de la verdad y estaban sujetas a la realidad de la condición humana.

En ese caso, Fred tendría que tomar una decisión. Sufrir sin actuar, darse tiempo para reflexionar sobre lo acontecido y barajar sus opciones. Comenzar a construir buenas relaciones con las personas y proyectarse con esperanza. No iba a ser un camino fácil, y la vida le pondría numerosas pruebas para comprobar si iba en serio o no. Tuvo que decidir existencialmente: ser o no ser, vivir o morir.

Y Fred decidió vivir. Hizo las paces con el pasado y se consideró digno de amor. Reconoció en sí mismo la vida que hay en todos, aquella que cada cual tiene que vivir por su cuenta. Superó los obstáculos y vivió en paz. Conoció el amor, el éxito y la belleza. Murió tranquilo y dejó huella.

Marcos era adicto a las emociones fuertes. Él quería el subidón y optó por los amoríos. Para su suerte era un hombre muy atractivo, tanto en lo físico como por su psicología seductora. Acostarse con muchas mujeres era divertido, sobre todo si relacionaba a esas mujeres entre sí. Disfrutaba generando celos en una, mientras se acostaba con otra.

Probó toda clase de combinaciones amorosas. Mentía acerca de sus sentimientos para recargar el erotismo. Pero para que realmente funcionase tenía que mentirse a sí mismo acerca de sus sentimientos. Su relato era que buscaba a la mujer ideal, aquella que pudiera conquistarle definitivamente. Esa mujer nunca llegó. No era demasiado listo así que sus romances terminaron. Todas las mujeres con las que había formado esas seducciones le negaron la palabra.

Su atractivo se fue deteriorando y perdió mucha confianza en sí mismo. Fue al auxilio de sus antiguos amigos. Uno de ellos le golpeó con violencia y tuvo que ir al hospital, ya que se había acostado con su exnovia. Otros amigos le rechazaron ya que veían en él a un bicho raro y manipulador que lo único que sabía hacer bien era mentir. Comenzó a comer comida basura y engordó mucho. No obstante, su deseo de emociones fuertes no le abandonó.

Al principio comenzó a acosar a mujeres por las redes, algo que casi le costó un proceso judicial. Cayó en una profunda depresión, pero se negó a tomar medicamentos. Se aficionó al dolor físico. Se volvió sadomasoquista, buscando a personas afines para satisfacer su ansia de emociones fuertes.

En ese mundo recibió varias violaciones, y también le dejaron cojo en un acto sexual donde se pasaron de rosca. Se quedó en su casa solo, delante del ordenador, cojo y gordo, con su alma por los suelos. Decidió pasarse a los videojuegos en línea. Gritaba mucho a través del micro, mientras bebía cerveza y comía patatas fritas. ¿Había gente que le apreciase todavía? Marcos se quedó huérfano de padre y su madre no vivía en su ciudad. La madre estaba teniendo múltiples romances al mismo tiempo y no atendía a su hijo.

El trabajo que tenía Marcos como dependiente de un súper mercado estaba muy resentido. Varios clientes se habían quejado de su presencia, que era siniestra y mórbida. Algunas mujeres le recriminaron al responsable que las miraba de forma penetrante, con una sonrisa temblorosa. Eso provocó que le echaran del trabajo. Con el subsidio que tenía siguió jugando a videojuegos. Cuando salía a la calle lo hacía para comer hamburguesas o comprarse cervezas.

Tanto tiempo delante del ordenador le hizo buscar contenidos ilícitos e ilegales. También sentía mucho rencor hacia la vida y todas sus anteriores relaciones. Pensó en asesinar a alguna de sus ex-amantes. Intentó también dar pena a alguna de ellas, para recibir algo de atención. Al cabo de unas pocas interacciones las mujeres sentían algo raro y dejaban de hablarle. Pensó en el suicidio, pero la idea de que en el pasado había triunfado le hacía permanecer vivo.

La vida no le concedió una segunda oportunidad. Acabó comiendo en comedores sociales. Sufrió un brote psicótico y le diagnosticaron esquizofrenia paranoide. Trabajó amistad con criminales que le utilizaron para realizar atracos por la noche. Terminó ofendiendo a alguien y acabó en una silla de ruedas. Durante un tiempo una banda mafiosa le recluyó en un camión y le torturaban todas las semanas. Grabaron vídeos de las torturas para sacar beneficio económico.

Terminó internado en un hospital psiquiátrico sin pronunciar ni una sola palabra. A veces en su mente aparecía algún recuerdo que le hacía tener taquicardias. Las enfermeras sentían asco al cuidarle. Muchas le gritaban y le privaban de comida para descargar sus frustraciones.

Su madre apareció mucho más tarde, cuando Marcos ya estaba catatónico. Hizo una mueca de asco y le abandonó.

No dudes, huésped mío, en despreciar los bienes materiales y sabe hacerte digno de aquel dios. No te avergüence esta pobreza.

Eneida VIII 364-365

Con el suficiente dinero N. sería reconocido y apreciado y sin dinero su vida estaría condenada al fracaso. Si bien esto no era una ecuación tan sencilla, era *grosso modo* una fórmula válida. Cualquiera con dos dedos de frente sabía la importancia del dinero, aunque luego mintiera y fuera hipócrita al respecto. En un sistema competitivo era difícil obtener una suma importante de dinero sin haberla heredado de alguna forma. Quebrantar la ley tenía riesgos evidentes.

Una forma aceptable de resignarse a ser pobre era elaborar una filosofía que despreciara el dinero o lo tornara como algo sin importancia. N. tendría que adoptar esas creencias y luego juntarse con gente afín que confirmara dichas creencias. Lo importante es el amor, la belleza, la salud, la alegría, la amistad, se decía N., y así comenzó su búsqueda de personas que tuvieran dichas creencias. Sin embargo, lo que encontró no fueron santos sino demasiados cínicos.

Mucha gente espiritual y esotérica tenía parejas con buen poder adquisitivo. De esa forma podía continuar con su fantasía mágica mientras tenían asegurada una subsistencia digna. Aunque era evidente que eso no siempre funcionaba. Cuando la riqueza estaba vetada muchos caían en conductas miserables. Si una persona de esos grupos adquiría mayor riqueza era secretamente rechazada por un desprecio que ocultaba una profunda envidia. Esto último fue el caso de N., que comenzó sus trabajos como consultor y alcanzó un buen sueldo.

Las personas que antes eran sus amigos le dieron la espalda por haberse pasado al otro bando. De repente N. se convirtió en un ser vil por perseguir la riqueza. Fue un momento traumático para él ya que se quedó sin ninguna referencia. El golpe fue duro, y casi le hizo perder su nuevo trabajo. Tuvo ganas de volver mendigando amor a su antiguo grupo, pero consiguió resistir. Solo y abandonado, inició su nueva etapa vital con energía y fuerza. En la oficina tenía gente que le respetaba por su dedicación al trabajo y su capacidad de aprendizaje.

A pesar de su éxito profesional, N. no podía engañar a nadie. Él no era rico y nunca lo sería. Tan solo había entrado en la rueda del capital. Las presiones laborales que recibía las pudo soportar gracias a fármacos. Intentaba cuidarse al máximo haciendo ejercicio y comiendo bien, pero se sentía profundamente aislado. El reconocimiento que recibía en su trabajo no era ninguna conexión con nadie. Sus compañeros estarían metidos en el mismo mecanismo o tendrían una vida fuera de la oficina.

En redes sociales N. veía cómo sus antiguos amigos hacían planes en la naturaleza, sesiones de actividades espirituales, y salían a comer y emborracharse. Parecen felices, se decía N., y sintió nostalgia y envidia. Sus esfuerzos eran mucho menores, con menos dinero habían creado un ecosistema donde sus inquietudes tenían sentido. Se trataba de un grupo bien formado, que no tenía remilgos en expulsar a los indignos. Esa clase de rechazo no la veían como algo en contra de la actitud espiritual y bondadosa.

El resentimiento que él creía que ellos tenían hacia él lo estaba ahora sintiendo en sus carnes. Se sentía expulsado y abandonado. Su supuesta bondad ascendida tenía algunas costuras. Su mundo de paz y fraternidad solo funcionaba eliminando la escoria. N. se había convertido en parte de esa escoria y ahora su acceso al grupo estaba vetado. Intentó forjar nuevas amistades, pero veía que la mayoría de personas le rechazaban. Notaban en él una especie de aristocracia impostada, un deseo de alcanzar un gran estatus cuando en realidad era mediocre.

Gran parte de las relaciones duraderas se fundan en el hábito y la convivencia. Esto dificultaba el proceso porque N. apenas veía a gente nueva una o dos veces. Incluso cuando les escribía por teléfono muchas veces le ignoraban. Desde aquel momento N. tomó la determinación de reforzar aquello que había decidido. Se centró por completo en su trabajo y su carrera.

Hace ya tiempo que me bulle en el alma un afán de luchar o emprender algo grande.

Eneida IX 186-187

K. quería ser escritor. Sabía las dificultades que ello implicaba. Lo más seguro es que pocos le leyeran y habría muy poco dinero de por medio. Con casi total certeza sus letras serían mediocres, y solo funcionarían amoldándose a un público muy determinado. Aspirar a una alta calidad literaria era una misión imposible y suicida. Él había leído a los grandes y quería emularles, formar parte de su grandeza. Pero al publicar y tornar su obra en objetiva vería un reconocimiento de su alma mucho menor.

Se decía a sí mismo que tenía que formarse como escritor, mediante las lecturas, el estudio y la práctica. Pero, ¿a qué estaba dispuesto a renunciar? K. no lo tenía claro. Sabía que volcarse en la escritura y vivir de sus textos era una empresa arriesgada. También sabía que sin una dedicación en cuerpo y alma sería mucho más difícil. Tal vez poseía algún talento, pero sus estándares eran Shakespeare y Dostoyevski. Con semejantes referentes era muy fácil verse aplastado por ellos.

Para su suerte seguía disfrutando de las lecturas de los grandes. No había caído en esa envidia y resentimiento reprimidos al leer sus textos. Tampoco se engañaba a sí mismo y los volvía sus amigos. Ellos estaban a años luz de su talento como escritor. Y tampoco le servía el consuelo de decirse que todos somos únicos e irrepetibles, y que por tanto no hacía falta ser Homero, sino encontrar una voz propia.

Tal vez lo ideal sería centrarse en disfrutar escribiendo y publicando, y dejar el éxito en manos de los hados. No obstante, eso parecía más una mentira que la realidad. Estaba claro que él perseguía la grandeza en las letras y no una mera satisfacción. K. tendría que rebajar sus expectativas para embarcarse en la travesía de la escritura. Si siempre estaba comparándose con autores tan consagrados tendría continuos bloqueos creativos.

K. comenzó a escribir relatos, y eso le quitaba tiempo de lectura. Al principio le resultó de lo más terapéutico. Mediante las palabras era capaz de expresar cosas que le ayudaban a conocerse mejor a sí mismo. El hecho de compartir sus escritos, aunque fuera con un número reducido de personas, le motivaba a continuar escribiendo. Tal vez, después de todo, no era algo tan malo ser un *amateur*, un diletante. Había infinidad de casos de personas que disfrutaban de su arte y expresión sin ser mundialmente reconocidos.

¿Y qué opinión tendrías, lector, si te dijera que K. soy yo, el que escribe esto? Pero es solo una hipótesis. K. era un hombre joven que disfrutaba de sus lecturas, trascendiendo su soledad con la palabra escrita. Material anímico, experiencias y dolor no le faltaban. Por otro lado, estaba la técnica de la escritura, que era todo un oficio. Si K. conseguía rebajar sus expectativas y al menos mover y conmover a una persona tendría que serle suficiente éxito. La literatura es una forma de arte a la que todos podemos acceder, su visibilidad depende de su calidad, pero también de la fortuna.

Él comenzó a escribir, primero textos asequibles y luego lucharía por textos más ambiciosos. Compartiría sus escritos con personas, aspirando a que le leyeran verdaderamente. También pensó en alguna plataforma on-line y talleres de escritura. Este arte le había llegado como una salvación. Era a su vez una medicina y una forma de auto-reconocimiento. La escritura siempre estuvo ahí, pero solo ahora se había convertido en una creciente necesidad existencial. K. lucharía por esta forma de trascendencia.

Entonces concluyó que la grandeza era algo bastante arbitrario. Existía ya grandeza en ponerse a escribir y publicar. De esa forma podría averiguar de qué estaba hecha su alma y su carácter. Podría comenzar a mejorar sus escritos e intentar conmover a las personas. Quería devolver a la gente aquella sensación que tenía al leer sus libros favoritos.

K. empezó su travesía de escritura a través del relato corto y luego emprendió textos más grandes.

Unas veces le pregunta cuáles son las estrellas que guían su curso entre las sombras de la noche, otras cuánto ha sufrido en tierra y mar.

Eneida X 160-162

La vi de refilón al cruzarme con ella por la noche. Llevaba un paraguas transparente, el pelo negro y corto, le tapaba las orejas y llevaba flequillo, los labios pintados de rojo, la piel extremadamente blanca. Iba vestida de negro, con una cinta de cuero alrededor del cuello. Me sonrió durante un leve instante, creí percibir que sus ojos resplandecían con un rojo intenso.

Sentí una punzada a la altura del corazón. Pude oler su perfume a pesar de bloquearlo la lluvia, era dulce y ácido. Quise girarme para mirar cómo se marchaba. Intenté resistirlo, pero tras varios segundos me giré. Ella se había parado en un escaparate. Me miró de soslayo y pude percibir una leve sonrisa, luego la vi suspirar.

¿Qué me podía inventar para dirigirme a ella? Sentía una alarmante atracción. Tuve que hacerlo, aunque sabía que iba a espantarla. Di media vuelta y caminé hasta el escaparate y me puse a su lado. Dentro del escaparate no había nada, era un establecimiento oscuro sin ningún mueble. Sentí miedo y luego excitación. Se había parado a propósito.

Miré directamente a su rostro, que estaba de perfil. Ella no se giró, tampoco hacía ademán de moverse. Volví al cristal. Pude apreciarnos a los dos reflejados. Cuando la miré vi que me miraba a los ojos a través del escaparate. Abrió su bolso y cogió un cigarrillo, le temblaba ligeramente la mano. Me parecía una situación violenta, pero no tanto si era algo recíproco.

Vi cómo se encendía el cigarrillo, inhaló un poco y sopló levemente de forma entrecortada. Asumí que ambos sabíamos de qué se trataba esa situación y le hablé:

— Hola, ¿eres de por aquí?

— No. Me marcho mañana a Berlín.

Me respondió con demasiada suavidad, como si estuviera conteniendo su carácter. No tenía ningún acento extranjero. Parecía impaciente por algún motivo que se me escapaba.

— ¿Eres de Berlín?

Ella tiró el cigarrillo y luego me miró fijamente.

— Tengo un asunto urgente y necesito que alguien me ayude. ¿Podrías acompañarme?

El tono de voz era esta vez mucho más dominante, incluso lujurioso. Pero tal vez mi mente no estaba percibiendo bien la realidad. Mis ojos se fijaron de forma involuntaria en sus labios y luego volvieron a los suyos.

— Claro. —dije sonriendo.

Ella comenzó a caminar y yo la seguí. Torció hacia una bocacalle que estaba bastante a oscuras.

— ¿A dónde vamos? —pregunté.

Ella soltó de repente el paraguas, se giró y me cogió de la chaqueta. Me empotró contra la pared de la bocacalle. Lo hizo con tanta violencia que se me rompieron varias costillas. ¿De dónde salía tanta fuerza?

Me quedé sin respiración. Con una mano me empujaba el pecho contra la pared y con la otra me tiró del pelo hacia atrás. Me mordió con ferocidad el cuello y desgarró la arteria. Comenzó a sorberme la sangre. No puedo definir lo que sentí en ese momento.

Ya no recuerdo más. No puedo moverme. Me estoy desangrando. No puedo llamar a nadie.

Con tal que caiga herida por mi brazo esta plaga cruel, de grado volveré sin gloria a las ciudades de mi patria.

Eneida XI 791-792

Elías creía en la justicia. Consideraba que un agresor debía ser castigado con contundencia. Para suerte de muchas almas malvadas Elías carecía de poder. Era solo en su pensamiento, vehemente e incombustible, que se sentía el ser más superior de toda la faz de la Tierra. Su anhelo de omnipotencia le hacía despreciarse de la forma más abyecta. Sus limitaciones mortales y simiescas le provocaban náuseas.

“Si yo pudiera decidir... Si yo tuviera poder...”, se solía decir a sí mismo. Veía que el mundo no funcionaba bien. Los virtuosos eran humillados y aplastados, mientras que las personas sin moral se hacían ricos y eran influyentes. Lo que más envidia y admiración sentía por los malvados era su ausencia de arrepentimiento. Su capacidad para inventar cualquier historia que justificase sus actos.

Estaba caminando por la calle de vuelta a su casa cuando vio a un coche pitar a otro. El conductor bajó la ventanilla y comenzó a insultar. A Elías le hirvió la sangre. Tuvo ganas de correr hacia el coche que todavía estaba parado. “¿Qué me podría pasar? Nada.”, pensó. Corrió hacia el lugar donde casi había acontecido el accidente. Uno de los coches ya estaba en marcha, pero el que había pitado permanecía parado. Elías se acercó a la ventanilla y le dio una patada al cristal.

El conductor, todavía enfurecido, le miró incrédulo. El rostro de Elías estaba atravesado por la maldad, algo que infundió miedo al conductor. El coche aceleró y le dejó atrás.

— ¡Hijo de puta! —gritó Elías.

Su ira comenzó a retroalimentarse. Le venían recuerdos que eran como combustible para el odio. Miró a su alrededor, necesitaba a alguien con quien descargar esa ira. Vio al otro lado de la calle a una mujer de mediana edad paseando a su perro. Elías se fijó en su rostro, lleno de arrugas y maquillaje, con gafas de sol y el pelo teñido de rubio. Tenía un aire de prepotencia, algo más que suficiente como para castigarla. “Primero será ese asqueroso perro.”, pensó.

La tensión le subió, el corazón le latía muy deprisa. Comenzó a trotar hacia la mujer con los puños apretados. Se fijó primero en el perro, que en ese momento estaba meando en un portal.

— ¡Sucia puta! ¡Te voy a matar! —Elías lo gritó en su oído con la intención de dejarla sorda.

Le pegó una fuerte patada al perro, que comenzó a ladrar. La mujer chilló pidiendo ayuda. Varias personas de alrededor se fijaron en la agresión. Entonces Elías tuvo miedo, no quería que viniese la policía. Pero ya había cometido el acto y su única opción era doblar la apuesta. Cogió del pelo a la mujer y tiró fuerte hacia abajo.

— ¡Zorra...!

La mujer gritó con todas sus fuerzas pidiendo auxilio. El perro se había apartado y ladraba desde una distancia prudencial. Elías soltó a la mujer y la miró fijamente sonriendo con el rostro desencajado. La mujer comenzó a correr sin prestar atención a su perro.

— ¡Huye! —le gritó Elías poniéndose rojo y casi quedándose sin voz.

La cabeza le daba vueltas, creía que iba a desmayarse de una taquicardia. Pocos segundos después alguien le agarró el cuello por la espalda haciendo una maniobra de mataleón. Intentó resistirse, pero no tenía tanta fuerza.

“Ojalá te mueras, hijo de puta...”, pensó mientras caía inconsciente.

Adela comenzó a engendrar reptiles en su mente. Estar durante tanto tiempo aislada no le estaba haciendo bien. A pesar de la disciplina del yoga y la meditación sentía una fuerza dentro de sí que le tiraba hacia las profundidades. Su filosofía no la estaba salvando, tan solo eran ideas consoladoras. Perdió a sus amistades debido a una enfermedad mental, se ponía violenta, autorreferencial y paranoica.

En momentos de aguda desesperación se veía tentada a caer en las drogas duras ya que no tenía constitución para el suicidio. Comenzó a leer Mein Kampf y tomó contacto con algunas personas de ese mundillo. Adela era joven y tenía atractivo, resaltado por un aura de tristeza y melancolía. Era una chica sencilla que disfrutaba con la música y un buen canuto.

No salía de su habitación porque le daba asco su padrastro. Ver a su madre tan enamorada de un ser tan lamentable le hacía retorcerse por dentro. Su padre biológico estaba desaparecido. Se fue a otro país para evitar las deudas y la bancarrota. Incluso se cambió de nombre, es decir, que le abandonó.

Con el tiempo Adela había trascendido su narcisismo por un amor desinteresado por la belleza. Ese era, con certeza, lo que le mantenía viva, pero el resto era una lucha por sobrevivir ante los incesantes empujes de su mente por destruirla. No creía en el amor porque tuvo malas experiencias. No quería a ningún salvador sino ser fuerte ella por sí misma. Tampoco pasó de los estudios obligatorios y le echaron hace poco de su trabajo por gritar a su jefe.

Cuando terminó de leer Mein Kampf decidió unirse a un grupo radical de su ciudad. Siendo mujer, algunos la protegerían y otros no tanto. Cada vez llegaba más tarde a casa. Pero la mayoría de las veces que volvía escuchaba a su madre y su padrastro tener sexo en la habitación. Los gemidos de su madre la dejaron catatónica la primera vez que los escuchó.

Pronto adoptó la indumentaria de su nuevo grupo. Estuvo en muchas borracheras, y varios hombres intentaron algo con ella. Decir que era lesbiana hubiera sido tal vez un problema, así que se limitó a rechazarles sin herir demasiado esos frágiles orgullos. También fue testigo de palizas a sudamericanos, moros, mendigos y otras bandas rivales.

Como eran pocas mujeres en el grupo, pronto se hicieron amigas y compartieron miserias mientras se drogaban. El tema de los amoríos era algo también muy habitual en el grupo. Adela intentaba escuchar a sus amigas sobre esos asuntos, mediando como haría una buena amiga. Un día se quedó a dormir en casa de una de ellas donde su novio volvió borracho a casa. Al estar Adela presente no la agredió, pero se jactó de que había estado con prostitutas.

Después de una grave discusión, con platos y muebles rotos, el novio de la amiga se fue y las dejó solas. Sentadas en el sofá, fumando canutos y bebiendo, se besaron. Hicieron el amor aquella noche. Desde aquella noche Adela ya no volvió a casa de su madre. Pasaron semanas y su madre no la había llamado ni una sola vez.

El exnovio volvió, esta vez más bebido, pero en esta ocasión Adela no estaba. Había bajado a comprar bebidas para estar juntas las dos. Cuando Adela entró, vio que el hombre había apuñalado a su amiga hasta matarla. Las botellas se le cayeron al suelo y se quedó petrificada.

El hombre la miró enfurecido:

— ¡Esto es culpa tuya! —gritó sollozando.

Se abalanzó hacia ella blandiendo un cuchillo ensangrentado. Al principio no se movía, como si le tentara la idea de morir allí mismo. Pero salió corriendo del edificio escaleras abajo. Cuando llegó a la calle siguió corriendo con lágrimas en los ojos sin saber a dónde ir. El hombre no le siguió.